

para concretar mejor nuestras expectativas. De todos modos, el movimiento que se ha generado en todos los rincones de la arquidiócesis no puede quedar frustrado, puesto que lo originó el "aleteo" del Espíritu Santo.

asacerdocio ministerial en la
catequesis y en el testimonio
de vida de los Padres

Philip Carter

1º Congreso de Catequesis Pastoral

En los días 15-17 de marzo de 1980, la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Salesiana de Roma organizó un congreso sobre la formación sacerdotal como viene dibujada en los escritos pastorales. A continuación, se ofrece una visión sintética de las reflexiones hechas esos días en torno a esta temática que ocupará el centro de atención en el Sínodo de los Obispos, que tendrá lugar el próximo mes de octubre en Roma.

En sus palabras introductorias al congreso, don Sergio Felici, profesor de teología clásica, marcó la pauta de reflexión para los conferenciantes subsiguientes, al citar el documento recién publicado de la Congregación para la Educación Católica sobre los estudios pastorales en la formación de los sacerdotes, que recoge ya que los Padres "son los testigos privilegiados de la Tradición", y los primeros guardianes del depósito transmitido por los apóstoles. A la luz del próximo Sínodo que girará precisamente en torno a la preparación y formación de los sacerdotes, una consideración histórica y teológica del pensamiento de los Padres se presenta como un paso obligado y estimante en el camino preparatorio a los debates sinodales.

La primera ponencia dada por Mons. Giovanni Coppa, delegado para las Representaciones Pontificias, ofreció un estudio rico y eslabado de las reflexiones de San Ambrosio acerca de la formación y de la pastoral de los presbíteros. Mons. Coppa desarrolló el tema principalmente a partir de la vida misma de San Ambrosio, a quien San Agustín denominó "modelo del sacerdocio". En sólo ocho

La formación para el sacerdocio ministerial en la catequesis y en el testimonio de vida de los Padres

Philip Larrey

13º Congreso de Catequesis Patrística

EN los días 15-17 de marzo de 1990, la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Salesiana de Roma organizó un congreso sobre la formación sacerdotal como viene dibujada en los escritos patrísticos. A continuación, se ofrece una visión sintética de las reflexiones hechas esos días en torno a esta temática que ocupará el centro de atención en el Sínodo de los Obispos, que tendrá lugar el próximo mes de octubre en Roma.

En sus palabras introductorias al congreso, don Sergio Felici, profesor de letras clásicas, marcó la pauta de reflexión para los conferencistas subsecuentes, al citar el documento recién publicado de la Congregación para la Educación Católica sobre los estudios patrísticos en la formación de los seminaristas, que recuerda que los Padres “son los testigos privilegiados de la Tradición”, y los primeros guardianes del *depositum fidei* transmitido por los apóstoles. A la luz del próximo Sínodo que girará precisamente en torno a la preparación y formación de los sacerdotes, una consideración histórica y teológica del pensamiento de los Padres se presenta como un paso obligado y estimulante en el camino preparatorio a los debates sinodales.

La primera ponencia, dada por Mons. Giovanni Coppa, delegado para las Representaciones Pontificias, ofreció un estudio rico y caluroso de las reflexiones de San Ambrosio acerca de la formación y de la pastoral de los presbíteros. Mons. Coppa desarrolló el tema primeramente a partir de la vida misma de San Ambrosio, a quien San Agustín denominó “modelo del sacerdocio”. En sólo ocho

días, Ambrosio pasó del bautismo a la consagración episcopal, recibiendo así todos los grados del orden sagrado dentro de la Iglesia.

Para San Ambrosio, Cristo es el primer sacerdote, el Sumo Sacerdote, el verdadero levita con el que todo sacerdote debe configurarse. Cristo es la fuente del sacerdocio del que participan todos los clérigos. De esta participación deriva la dignidad de los presbíteros, ya que comparten la misteriosa potencia de Cristo. El presbítero, o *sacerdos* ejerce este poder cuando administra los sacramentos y predica la palabra de Dios. Refiriéndose a la Eucaristía, Ambrosio aconseja a sus sacerdotes que "deseen a Cristo", y que "se acuesten en la noche pensando en aquél con quien se encontrarán a la mañana siguiente". El alimento de los sacerdotes es el perdón de los pecados, y la base indispensable de toda su actividad es el celo apostólico, expresado en la predicación. San Ambrosio trata con mayor cercanía e interés a los sacerdotes recién ordenados a quienes estas recomendaciones servían de consuelo y motivación.

Mons. Coppa concluyó su análisis haciendo notar que si bien esta perspectiva de la formación del clero nació en un ambiente sociológico bastante diverso al actual, todavía se puede decir que respira el aire del Vaticano II y tiene mucho que aportar a la Iglesia de nuestro tiempo. *Verus minister altaris Deo non sibi natus* sintetiza el concepto de presbítero que el obispo de Milán tiene en mente.

El p. Jos Janssens, docente de Sagrada Liturgia en la Universidad Gregoriana, tomó como tema de su conferencia un aspecto particular de la formación clerical, la *verecundia*, según aparece delineada en la obra ambrosiana *De officiis ministrorum*. Puso de relieve la raíz clásica de este concepto encontrado en el *De officiis* de Cicerón, donde viene a significar el comportamiento decoroso en el porte, el dominio sobre sí mismo en todo lo referente al exterior: la belleza, el orden, la justa medida en cada ocasión. Para Ambrosio, la *verecundia* en el sacerdote brota de un "decoro espiritual interior", y se manifiesta en un porte externo ordenado, no artificial, reflejo de un alma ordenada. La carencia de esta virtud es signo de un desequilibrio interior que, para San Ambrosio, permite incluso discernir los espíritus rectos y fervorosos, de los espíritus desviados y disipados.

Siguió don Ottovino Pasquato, profesor de teología, con un análisis del desarrollo del pensamiento de San Juan Crisóstomo acerca del ideal sacerdotal. En la obra *Diálogo sobre el Sacerdocio*,

S. Juan Crisóstomo traza su ideal de sacerdote según sus primeras experiencias sacerdotales en el ministerio sagrado. Con este texto y otros entresacados de *Opera Omnia* del santo, el P. Pasquato sostiene que el paso de la soledad del *asceterio* a la vida activa entre los fieles de Antioquía ocurrió en la vida de S. Juan Crisóstomo en estricta continuidad con su ideal sacerdotal originario y no como una etapa evolutiva de su vocación. La síntesis del motivo de la continuidad es ésta: el querer la salvación para sí le lleva al desierto; y el querer salvar a otros le vuelve a Antioquía. La praxis del monacato lo injertaba en una comunidad cristiana, manifestando de esta manera una sustancial profundización y continuidad, más que un cambio de opción vocacional.

El último trabajo del primer día corrió a cargo de Enrico dal Covolo, Decano de la Facultad de Letras Clásicas en el mismo Ateneo Salesiano. El tema escogido fue el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común, interpretado a través de la relectura patrística de 1 Pe 2,9¹ a la luz del actual debate sobre los orígenes de la distinción jerárquica del sacerdocio en la Iglesia.

Comprimiendo su estudio y centrándose en los comentarios de Orígenes, en los *Stromata* y en las observaciones de Ignace de la Potterie, dal Covolo, sin rehuir una justa polémica, cuestionó la interpretación actual prevalente ante los exégetas con respecto a ese texto comentado por los Padres. Si es verdad que se percibe una progresiva jerarquización del nuevo pueblo de Dios que culmina con la distinción entre "laicos" y "clérigos" (evidente a partir de la conversión de Constantino), sin embargo no se puede señalar una tendencia unilateral de los Padres hacia tal distinción. De hecho, existen testimonios de los siglos II y III igual de abundantes tanto para la interpretación del sacerdocio común como para la interpretación de la estructura jerárquica.

El logro de la ponencia ha sido mantener esa delicada tensión, sin entrar en conflicto, entre la valoración del sacerdocio jerárquico e institucional por un lado, y el sacerdocio común y carismático de todos los creyentes, por otro. Así, hoy como en los primeros siglos de la Iglesia, la perspectiva hermenéutica de 1 Pe 2,9 necesita abrirse a la comprensión global de las relaciones eclesiológicas, sin encerrarse en una "insanable antinomia entre clero y laico",² sino más bien sirviéndose de los estudios historiográficos

¹ Pero vosotros sois linaje escogido, sacerdocio regio, gente santa, pueblo adquirido para pregonar las excelencias del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.

² Tal es la interpretación propuesta por A. Fabre en *Nacimiento del Ministerio Eclesiástico*.

para trazar los pasos efectivos hacia la estructura jerárquica (el sacerdocio como orden sagrada), y a la vez retener ese auténtico sustrato laical (el sacerdocio común) no en el sentido peyorativo, sino entendido como la nota característica del nuevo pueblo de Dios.

El segundo día del Congreso se centró en los escritos de San Ignacio de Antioquía. Mons. Pietro Meloni, desarrolló el tema de la misión del obispo en los escritos de San Ignacio. Ignacio es, entre los antiguos sucesores de los Apóstoles, aquél que más autorizadamente ha desarrollado y transmitido la concepción de la Iglesia primitiva a propósito del episcopado y del presbiterado. Según él, el obispo y los presbíteros deben tener el pensamiento de Cristo, y los fieles, el pensamiento del Obispo. "Corred", escribe a los Efesios, "en armonía con el pensamiento del obispo".

El papel del obispo evolucionó con grande naturalidad en la Iglesia del siglo I, después de la muerte de los Apóstoles. Casi siempre aparecía un *presbítero* que ejercitaba el mismo ministerio apostólico. La palabra *episkopoi* aparece por primera vez en labios de San Pablo en los *Hechos*: confiaba el gobierno de la Iglesia a uno de los *presbíteroi* para que vigilara como pastor, y fuera signo visible de la caridad y unidad. El presbítero es el puente entre la comunidad de los fieles en la tierra y la Iglesia celeste; es a imagen de Cristo el mediador entre Dios y los hombres.

S. Ignacio profundiza la reflexión teológica en torno al ministerio episcopal y presbiteral con el lenguaje sólido del pastor que se encamina al martirio, y desea sembrar una serena esperanza en las iglesias que recorre, animándolas al *agape*. Esta caridad y unidad, verdadero sentido de Iglesia para S. Ignacio, deriva ante todo, de la doctrina, y se celebra en la Eucaristía, al centro de la cual se ve al obispo como corazón de la comunidad. Entre las virtudes específicas del obispo, Ignacio da grande importancia a la dulzura y mansedumbre de corazón. Recomienda la humanidad, constancia, calma, bondad, humildad, paciencia, celo, y sobre todo el ser "roca de la fe", perseverante en la oración y en el anuncio del Evangelio.³

Siguiendo en la línea del pensamiento de Ignacio de Antioquía, Calogero Riggi, profesor de letras clásicas en el Ateneo Saleciano, abrió una ponencia realmente magistral con la frase: "La

³ Carta a Policarpo, 1,1.

historia del pensamiento ignaciano acompaña la historia de la Iglesia". Don Riggi, experto en griego, criticó al historiador protestante Borkhamm por su lectura del sacerdocio ministerial según el paradigma apóstoles-presbíteros, Jesús-obispo. Ignacio no cae en este error. D. Riggi puntualizó que el Colegio presbiteral, testificado por las epístolas ignacianas, se uniformó según el modelo del colegio apostólico documentado en el Nuevo Testamento. La colegialidad de los apóstoles aparece con Pedro como cabeza, como el vicario de Cristo, sobre todo después de la Resurrección y Ascensión de Jesús. Este es el paradigma apropiado sobre el cual se modeló la colegialidad episcopal de la Iglesia universal.

El resto de la exposición se ocupó de los temas de la interacción entre el presbiterado y el episcopado; de cómo el sacerdocio neotestamentario perfecciona al judaico y helénico ("...el presbítero sigue la *Torah* del obispo, quien sigue el *dabar* de Dios..."); y la función del sacerdocio ministerial en la novedad cristiana.

Angelo di Bernardino, profesor del *Agustinianum*, aportó más reflexiones en torno al mismo tema del *presbítero, obispo*, y su interrelación. Inicialmente, el mismo término, *sacerdos*, se presta a confusión: en el tercero y cuarto siglo, se transfiere siempre más al presbiterado. Sucesivamente, llega a ser el término para indicar al presbítero, si bien en las oraciones litúrgicas, "*sacerdos*" indique al celebrante (que durante los primeros siglos siempre era el obispo).

El P. Bernardino hizo hincapié en la preparación cultural que debían tener los seminaristas del siglo IV. La mayoría de los nuevos presbíteros eran autodidactas. Fueron introducidos a la vida sacerdotal sobre todo participando más conscientemente en las ceremonias presididas por el obispo. Dedicaban mucho tiempo al estudio personal, radicados en la Sagrada Escritura. Con Eusebio de Cesarea y San Agustín, se fundan monasterios de clérigos que viven con el obispo, que solían tener mayor formación. Los recién ordenados residían en uno de estos monasterios de clérigos para ejercer el apostolado y adquirir mayor formación. Era costumbre comenzar su predicación en presencia del obispo mismo, quien terminaba las homilias de sus sacerdotes. Después del siglo V, se les otorgaron más poderes y encargos que antes eran competencia del obispo. El P. Bernardino, como buen hijo de S. Agustín, concluyó su ponencia citando al obispo de Hipona: "La obra del *sacerdos* es la divinización del hombre."

El Rector de la Pontificia Universidad Gregoriana, P. Gilles Pelland, dio inicio al último día del congreso con un análisis de las

dos fórmulas de los ritos de ordenación sacerdotal: "*videte ut quod docueritis imitemini*" e *imitamini quod tractatis*". El P. Pelland, con una buena documentación histórica y teológica, analizó el significado más profundo y cristocéntrico de estas fórmulas. No apelan solamente a un sentido de "grandeza de alma" como se puede pensar desde una hermenéutica humanista. Son una invitación a una imitación verdadera de Cristo, que el obispo dirige a los ordenandos antes de la imposición de las manos. San León Magno se pregunta: *¿Qué es seguir a Cristo sino imitarle? y ¿cómo se puede participar en la Eucaristía sin tomar parte en sus sufrimientos?* El planteamiento del P. Pelland explicó el fraguarse histórico del concepto de *in persona Christi*.

Achille Triacca, profesor de la Universidad Salesiana y del Ateneo San Anselmo de Roma, con claridad y erudición admirables, descubrió la riqueza de la liturgia respecto al concepto de presbítero como *Spiritus Sancti vas*, y los modelos del sacerdote presentados por la eucología. Desarrolló el tema en forma de *quaestio*: ¿por qué?, ¿cómo buscar en la eucología el modelo del presbítero? El motivo de la búsqueda del modelo sacerdotal en los textos litúrgicos deriva de la excelencia de la riqueza doctrinal contenida en los mismos. La liturgia es la cristalización del pensamiento de los Padres. Innegable es la validez de la doctrina encontrada en las sagradas ceremonias. La especulación y conjeturas del teólogo o exégeta siempre revisten mayor autoridad una vez plasmadas en las oraciones auténticas de la liturgia. Lo mejor de la tradición se encuentra en la liturgia, precisamente por ser el contexto en el cual Dios actúa (en el caso del sacerdote, el obispo consagra por medio del oficio de las manos y la Trinidad infunde la *virtus* del Espíritu Santo), y por ser el "*locus ecclesiae*" por antonomasia.⁴ Por eso, recurrir a las fuentes litúrgicas es una opción sabia y rica en frutos teológicos.

Tema de su relación fueron también los apelativos principales del modelo sacerdotal, como son: *presbyter*; *Spiritus sancti vas*; *crucis gestator*; *coram Dei altari minister*; y *populi fidelis renovator*.

El cuadro tan logrado de la serie de ponencias no se dio por acabado sin una pincelada de la teología mariana del sacerdocio. El artista indicado fue el P. Ermanno Toniolo, O.S.M., docente or-

⁴ Dentro de esta perspectiva, con toda razón el Prof. Triacca recomienda a los oyentes (mayoritariamente seminaristas en preparación al sacerdocio) que aprovechen las múltiples "espiritualidades sacerdotales" existentes en la Iglesia, y que la liturgia sea la fuente preferida como alimento espiritual del aspirante al sacerdocio.

dinario en la Pontifica Facultad Teológica, *Marianum*. Dividió su ponencia en dos partes: las referencias históricas a María en el contexto del sacerdocio antes del Concilio Vaticano II, y las referencias históricas correspondientes al período post-conciliar. Si bien las acentuaciones patrísticas sobre el tema fuesen escasas en cuanto a cada personaje individualmente considerado, el conjunto de referencias reveló una amplia gama de ponderaciones históricas por parte de los Padres.

En el período pre-conciliar, el tema de María como Virgen-Madre domina el panorama de los escritos. Aquí se puso de relieve una cierta ventaja de los pensadores orientales, que más fácilmente ven a María como el *sacramento* de salvación por su inclusión en el único sacerdocio de Cristo. El P. Toniolo precisó que aunque en las religiones paganas se haya dado espacio a la categoría de "sacerdotisas", en el judaísmo y cristianismo no se halla presente. Las figuras bíblicas aplicadas a María suelen ser en clave soteriológica: María es el *templo* en el cual Dios se hizo sacerdote; María es el *altar* del sacrificio, puesto que toda la vida de Cristo está orientada al sacrificio redentor; María es el *arca* del Nuevo Testamento. Todo esto induce a hablar de la maternidad pascual de María.

En la teología del post-concilio, aparece un nuevo contexto que se desplaza a favor del eclesiocentrismo. Esto se verifica sobre todo a la luz del capítulo VIII de la *Lumen Gentium* en el cual María está ya presente en el mismo proyecto del Padre para la humanidad, como modelo del amor materno y acogida a la Palabra, desde la perspectiva de su caridad.⁵ María es la discípula por excelencia de Cristo, y modelo también del sacerdote en cuanto que posee todas las virtudes principales como las debe poseer cada sacerdote, principalmente la obediencia, la pobreza voluntaria, y la humildad.⁶

La conclusión del Congreso corrió a cargo del Card. Antonio Javierre, Bibliotecario de S.R.C., con una ponencia que englobó la mayoría de las aportaciones de los conferencistas y las enfocó directamente sobre el tema de la importancia del estudio de los Padres en la formación del clero. Su punto de arranque fue un comentario perspicaz del libro de André Benoit, *L'Actualité du Père d'Eglise*, publicado en 1961.⁷ El Cardenal tocó el tema de la relación

⁵ Se refiere aquí el P. Toniolo a la Encíclica de Pablo VI, *Marialis Cultus*, 26.

⁶ Cfr. *Presbyterorum ordinis*, III.

⁷ Según Mons. Javierre, Benoit ha sido en cierto sentido un profeta de esta posición que ahora la Iglesia asume como un punto céntrico de su atención.

íntima que existe entre patrología y teología, trayendo al foro público tanto los documentos conciliares *Optatum Totius* (n. 16) y *Dei Verbum*, como el documento de la Congregación para la Educación Católica sobre el estudio de la patrística en los seminarios. Puso de manifiesto la sintonía de exégesis presente en los Padres con la de la *Lumen Gentium*, cuyo signo inequívoco son las numerosas citas contenidas en el mismo documento. De esta manera, resumió el conjunto de aportaciones y puso de manifiesto la importancia y trascendencia que el estudio de los Santos Padres tiene en la formación del sacerdocio ministerial. Seguramente las actas de éste y los demás discursos presentados a lo largo de los tres días, contribuirán significativamente al camino preparatorio para los debates sinodales que tendrán lugar el próximo mes de octubre.

Centenario de la muerte del Cardenal Newman

Brian Farrell

Acien años de la muerte del cardenal John Henry Newman, renombrado exponente del catolicismo inglés, la figura de este intelectual, hombre de iglesia y paladín *ante-litteram* del moderno movimiento ecuménico, no sólo no ha perdido interés, sino que cada día conquista más resonancia. Sobre todo en relación a las cuestiones más apremiantes que la modernidad suscita en el diálogo entre razón y fe, cultura y teología. El 11 de agosto de 1990 se cumplirá un siglo desde el día en que Newman, a la edad de ochenta y un años, dilatada la fama de su santidad, expiró tranquilamente en el retiro del Oratorio de San Felipe Neri, que él mismo había fundado en Birmingham. El epitafio, escogido por él para su tumba, condensa la trayectoria del arco de su vida: *Ex umbris et imaginibus ad veritatem*.

Newman nació en Londres el 21 de febrero de 1801, primogénito de los seis vástagos del banquero fracasado John Newman y de Jemima Fourdrinier, hija de un empresario francés de religión protestante. Su primera inquietud religiosa lo enderezó hacia el Calvinismo y el Fundamentalismo. En 1816 sufrió una profunda crisis religiosa, causada tal vez por una grave enfermedad y por las dificultades familiares, que siguieron a la bancarrota de su padre. De esta crisis salió profundamente cambiado en su persona, con una conciencia viva de la presencia de Dios, compañero indefectible de su vida futura, y con un gran amor a los Padres de la Iglesia. Más tarde, se referirá siempre a este periodo de su vida como al momento de su conversión y al inicio de su búsqueda insaciable de la verdad religiosa.

Fue aceptado en Oxford, donde se mostró alumno aventajado y donde sembró amistades que influyeron profundamente en su vida intelectual y religiosa. En 1825 recibió las órdenes anglicanas y comenzó a ejercer el ministerio parroquial. Pronto volvió a Oxford como tutor y como rector de la iglesia universitaria, donde no tardó en hacerse notar como predicador dotado y brillante.